

mujeres: á la que iba á amar y á la que había amado!

¡Qué triunfo! ¡qué nuevas sensaciones! ¡qué sabroso debía ser hincar los blancos dientes en aquel fruto prohibido.

Triple victoria en un solo triunfo: torturar, estrujar en sus manos y uñas tres corazones, sí, tres corazones, porque Paulina podía amar á Miguel Berthier..... ¿quién sabe?..... ¡quizás ya le amaba!

Y le miraba con fijeza, y sus dientes atraían al joven casi tanto como su mirada: conocía que era dueña de él, que le tenía á merced suya, que estaba allí suplicante, rendido.....

—¿Pero amáis á la señorita de Morangis, Miguel?—le preguntó con voz débil, con mirada penetrante y halagadora.

Y él no respondía: estaba arrodillado, y la estrechaba en sus brazos.

—¿Es que amáis aún á vuestra querida, Miguel?

Y entonces él se levantó como un loco, la oprimió contra su pecho, la tomó la cabeza con ambas manos y lanzó este grito, que concluyó con ardiente beso:

—¡Yo te amo!

XXIV.

La Baronesa se complacía en jugar con su propio triunfo, y el triunfo era completo: aquel hombre que producía inquietud y alarma en las Tuellerías, no era delante de ella sino un niño.

¡Cómo sonreía al pensar en la debilidad de aquel cuya fogosa palabra se tenía en altísimas regiones por la más irresistible potencia, el ariete más poderoso!

El Duque de Chamaraule, uno de los favoritos de Palacio y de los consejeros directos y escuchados, pidió una vez á la Baronesa que le diese una definición exacta del temible diputado republicano.

—¡No es muy difícil!—respondió Francina sonriendo.

—Figuraos un idilio que rayase en la sátira, un poeta de madrigales que llevara á sus labios la trompeta de los *Châtiments*.

—¿En verdad?—dijo el Duque, que entonces era ministro.

—En verdad: rascad al tigre y hallaréis un cordero; sus filípicas sólo son pastorales.

—¿Así juzgáis, Baronesa, á las gentes que os aman?... Porque se asegura que Miguel Berthier está enamorado de vos hasta la locura.....

—¿Quién dice eso?

—El mundo.

—El mundo no es más que un periódico muy grande y muy pequeño, cuyos redactores son diez mil chismosas comadres..... Él es en realidad de los que no aman á nadie, sino á sí mismos: un egoísta.

—¡Diablo! ¿sabéis, Baronesa, que si vos habéis seducido á Miguel Berthier, la reciprocidad no está muy clara?

—¿Y qué significa eso?

—¡Que vos no le amáis!

—¡Yo!—exclamó sonriendo Francina.—Al contrario, ¡me agrada mucho ese tribuno! Y la prueba de que le amo..... más que pensáis, es la siguiente: si vos consentís en ayudarme, yo quiero hacer de él.....

—¿Qué? ¿el más feliz de los hombres?

—¡Bah! sois algo impertinente, amigo mío—dijo la Baronesa.—No: quiero hacer de él un hombre de Estado.

—¿Qué decís?

—Un Ministro.

—¿De la República?

—No, señor: del Imperio.

El Duque se quedó pensativo, mientras la Baronesa de Rives sonreía.

—¡Tenéis una manera de chancearos!—dijo Mr. de Chamaraule.

—¡Ni por asomo! Parémonos aquí por hoy, y creed que no me chanco: pensad en lo que acabo de deciros, comunicádselo á quien corresponda, y proceded en consecuencia..... Y confiad en mí para empujar suavemente hacia el redil esa oveja descarriada que está jugando al lobo, á la que vos consideráis como bestia salvaje..... ¿Está dicho? pues hasta la vista, Duque.

*
*
*

Acercóse el día de la apertura de la Cámara, y Miguel Berthier había resuelto aparecer cuanto antes en la tribuna parlamentaria.

Los periódicos que apoyaron su candidatura solían deslizar indiscretas noticias acerca del futuro primer discurso del diputado republicano: anunciaban violenta peroración del hijo de Vicente Berthier contra el 2 de Diciembre, y aun citaban rasgos de admirable audacia que él había confiado

á sus íntimos amigos, y algún cronista le llamaba *espada de Damocles* del Gobierno imperial.

El diario *Les Nouvelles politiques* publicó estas líneas:

«Mr. Berthier prepara un importante discurso relativo á los asuntos pendientes con Alemania y á la situación que nos ha creado el tratado de Praga, y difícilmente conseguirán debilitar su efecto los abogados ministeriales.»

El periodista Olivier Renaud, miembro del *Banquete de los Doce* y amigo de Miguel, como sabemos, atribuía á éste muchas palabras de sensación: aseguraba, por ejemplo, que un día, hablando con Mr. Thiers, preguntó Berthier á aquel hombre de Estado:—«¿Qué pensáis de la situación actual?—¿Qué pienso? (contestóle Mr. Thiers); que vuestros amigos deshicieron la República de 1848, y ahora la rehace el Imperio.—Soy de vuestro parecer—dijo Berthier;—grandes faltas políticas y pequeños escándalos. ¡Estamos en 1847!»

—¡Paciencia!—murmuraban los admiradores de Miguel, fanáticos por instinto.—Cuando hable en la Cámara, veremos cómo pasa por las frentes un recio viento de tempestad. ¡Ese, ese es un hombre!

En efecto, era un hombre, todo un hombre; un

hombre enérgico, altanero, con su erguida cabeza, sus flotantes cabellos, sus patillas enmarañadas y espesas, su actitud tribunicia, según le mostraban al público millares de retratos colocados en escaparates y vitrinas de los comercios parisienses.

¡Ay! pero la fotografía sólo representa la frente, la mímica de un ser, *su fachada*, una sombra de su cabeza; no su alma.

Y entretanto, Lia era la sacrificada, completamente sacrificada, sin que Miguel Berthier sintiera el más tenue remordimiento: este hombre había conseguido aplicarse la acomodaticia teoría de esa escuela providencial que establece dos morales distintas: la vulgar de las gentes honradas y la fácil de los seres privilegiados, de los seres que están clasificados en un destino superior.

¡Abandonar á los azares de la vida á una mujer que iba á ser madre! Eso era atroz y vil, y Miguel, ya lo sabemos, se había indignado contra el hombre que dejaba en la miseria y en la desesperación á aquella muchacha Clotilde Ballue, cuya carta había leído en casa de Francina.

¿Pero se podía comparar con aquel desconocido? ¿No tenía deberes muy distintos de los de aquel anónimo, aquel soldado, aquel transeunte perdido en la gran masa de la plebe? ¿Debía sacrificar su

porvenir y su ambición á una mujer que era la novela de su vida y á un hijo que tal vez no nacería?

Francina no tuvo necesidad de impulsarle á tomar una determinación irrevocable: él sólo la tomó y la ejecutó.

¿Cómo? Yendo á ver á su antigua querida, ejecutando por sí mismo la obra siniestra; el olor de las lágrimas le agradaba, como á esos hombres que serían capaces de perturbar su propia existencia si pudiesen encontrar en ella una ráfaga de huracán, una sensación desconocida.

—Sí, sí—decíase—iré yo mismo, se lo diré todo, todo, y..... nadie mejor que yo sabría consolarla en tan dolorosa necesidad.

XXV.

Y dirigióse hacia la linda casita del *boulevard Clichy*.

Mas vaciló antes de entrar en el jardín, y miró á lo lejos, al final de la avenida de árboles, cuyas hojas secas arrancaba ya el viento de otoño, y exclamó con emoción, con un sollozo que le apretaba la garganta:

—¡Y ella me ama! ¡me ama tanto!

Y al punto representábase en su mente el rostro de la Baronesa de Rives, su sonrisa de perdición, el relámpago sutil é irónico de sus ojos de un gris azulado lleno de fulgores.

—¡Ea! ¡esto es hecho!—dijo.—Francina, Gontrán, Menard, los tres tienen razón á la vez. ¡Adios mis ensueños de la juventud! ¡valen más las realidades! Entremos.

Lía cantaba una linda canción popular, y al ver á Miguel se detuvo sorprendida, pero dichosa. ¡Nunca iba él tan pronto! Y además, ¿cuánto tiempo hacía que no iba, ni pronto ni tarde?

—¿Tú?—exclamó.—¿tú? ¡Ah! pues por eso tenía yo ganas de cantar, y me preguntaba: ¿Por qué estaré hoy alegre? ¿qué dicha me aguarda?

Y se arrojó al cuello de su amado, le apretó la cabeza con sus frescos brazos, le besó en la frente, y poco á poco fué aflojando dulcemente aquel estrechísimo abrazo.

—Tengo que hablarte, mi pobre Lía—dijola Miguel.

—¡Dios mío! ¿ocurre alguna desgracia?

—Sí, Lía: una desgracia y una necesidad..... ¿No te has preguntado alguna vez lo que sucedería si yo me viese precisado á emigrar, si se me deserrase, si muriese?.....

—Sí, sí, me lo he preguntado—contestó Lía valerosamente.—Pues bien: si tienes que emigrar, si te destierran, yo te seguiré; si mueres, yo también moriré.

Y al punto, irguiendo la cabeza, añadió con un rayo de luz en su mirada:

—Pero ahora no moriré, no; ahora viviré; ahora trabajaré para educar á mi hijo, á nuestro hijo, para enseñarle á amarte si tu muerte era natural, ó para decirle que te vengase si te hubieran matado.....

Miguel aparecía humillado enfrente de aquella valerosa niña: comparábase interiormente con un cruel carnicero que se apresta á hundir su afilado cuchillo en la garganta de una ovejuela.....

Y otra vez la imagen, el espectro de la Baronesa de Rives surgía entre él y su amante.

—Lía—dijo entonces—vas á maldecirme, y sufro tanto como tú por el sacrificio que la vida nos impone. ¡Es menester separarnos, Lía!

Dijo estas palabras con una rapidez terrible, como si las hubiera arrojado con una flecha.

Y ¡cosa extraña! Lía no se movió: quedóse pálida, erguida, con los ojos muy abiertos, los labios temblorosos, y no le respondió una palabra.

Miguel se preguntaba si le habría comprendi-

do; aquel silencio, aquel estupor, aquella fijeza en las pupilas le inquietaban.

Lo había dicho todo, y no quería volver á decirlo.

Tomó las manos de Lía para estrecharlas, para besarlas, y estaban heladas; soltólas, y como por movimiento automático cayeron á lo largo del cuerpo de Lía, aquel cuerpo rígido é inmóvil.

Atrevióse á hablarla de su gratitud, de su dulce afecto, de los hermosos ensueños á que era preciso renunciar; pronunció luego la palabra protección, asegurándola que nada la faltaría, que no se preocupase de su existencia material, que la sobraría el dinero.....

—¡Calla, calla!—gritó entonces Lía, transformada súbitamente en la más activa de las mujeres. ¡Calla!..... ¿tienes deseos de recobrar tu libertad? ¿Luego ya no me amas? No, no me amas, pues que te avergüenzas de nuestro amor..... ¡Véte, véte! ¿crees que voy á suplicarte, á implorar con lágrimas?..... No, jamás: yo educaré á mi hijo sin tí, yo sola, ¿entiendes? porque tienes miedo de que te diga que es de los dos..... ¡Bien castigada estoy, y lo tengo merecido! Tú has hecho lo que mi padre quería hacer cuando le abandoné por tí; tú has cumplido su amenaza: ¡me has matado! ¡me has herido en medio del corazón!

—Lía, ¿vas á aborrecerme?

—¿Yo? ¿por qué? Te he amado, te he seguido, me he perdido, sí, perdido..... luego ¿quién tiene la culpa? Soy tan culpable como tú, y sufro el castigo. ¡Ah! he merecido la muerte, y quisiera morir.

Miguel vió la mirada de la joven incendiarse; mas ella replicó á las frases hechas del retórico, que procuraba consolarla, con estas palabras:

—Nada temas. ¿Crees que me mataría llevando en el seno al hijo de mis entrañas?

Miguel Berthier salió de aquella casa exclamando:

—¡Bah! ¡la suerte está echada! Un grano de arena no puede hacerme tropezar aquí. ¡El porvenir está en otra parte, más arriba, más arriba!.....

XXVI.

¡Libre, libre! ¡ya podía ir directamente hacia su objeto!

Tal fué el primer movimiento de alegría que sintió Miguel en su corazón al encontrarse solo en su gabinete de estudio.

¡Libre! ¿y la Baronesa de Rives?

¡Ah! la Baronesa de Rives no era por ningún

concepto un peligro, ni siquiera un estorbo: al contrario, ella debía precisamente ayudarle á cumplir su alto destino.....

.....
 Á la mañana siguiente envió á Lía una larga carta, demostrándola con fría serie de razonamientos que todo lo que el hombre considera como duradero es sólo fugitivo, deleznable; y añadió á su fraseología un legajo de billetes de Banco.

Pero á las pocas horas recibió los billetes de Banco, que Lía le devolvió sin escribirle una palabra.

¡Oh! ¡qué feliz era con aquel silencio!

—¡Vamos!—se decía.—Lía ha tomado bien pronto su partido en el hecho del rompimiento. ¡Tanto mejor!

Miguel había empezado á creer que el dinero es el remedio de todos los males, desde que entró en la atmósfera especial en que se agitaba la Baronesa de Rives, aquella atmósfera que él amaba tanto como á la misma Francina, que era un perfume de vida aristocrática exhalado por el *beau monde* que antes no conocía, y al cual pertenecía ahora.

Añadamos que su amor propio satisfecho estaba como revestido de verdadero amor, amor locura,

amor eléctrico que Francina se complacía en irritar, en encender vorazmente.

Un día Mr. Bourtibourg invitó á la Baronesa á pasar algunos días en el lindo *château* que poseía en Seine-Port, y rogó también á su *colega* Monsieur Berthier que se dignase aprovechar el sol de otoño, durante el último período de las vacaciones parlamentarias, para acompañarle en el campo.

—En vez de invitar á Mr. Berthier—dijo Nadeja á su padre—¿por qué no invitas al Conde de Morangis y á Paulina?

—¡Ya veo—contestó Bourtibourg—que mi *colega* no te agrada!

—Ni me agrada ni me desagrada, y creo que no habrás pensado en proponérmele para marido.....

—¿Yo? ¡Gran Dios, no! ¡eso no! ni siquiera tiene un título..... y ten por cierto, mi querida hija, que en el momento deseado tendrás un esposo con título nobiliario.....

—Sea; pero Paulina de Morangis, á quien no has visitado, es un bello partido para mi hermano Tancredo..... si él no fuese tan estúpido.....

—Lo malo es que tu estúpido hermano no quiere oír una palabra cuando se le habla de matrimonio.

—¿Por qué? porque le aconsejas, en vez de mandarle.

—¿Y si le mando y no me obedece?

—¡Se le achica el bolsillo!

—¿Y si hace deudas?

—¡Que las pague como pueda! Eso es bien sencillo.

—¡Qué mujer, qué mujer!—exclamaba Monsieur Bourtibourg entusiasmado.—¡Una verdadera matemática! ¿Por qué sus compañeras de convento se atreverían á llamarla *loquilla*?

En suma, el antiguo tapicero invitó á Francina, á Miguel Berthier, al Conde de Morangis y á Paulina.

* * *

Nadeja había instalado en Seine-Port su museo de reliquias de la reina María Antonieta, y una tarde ella y Paulina de Morangis vieron llegar de París al perfumado Tancredo llevando en la mano un cuadro, un viejo cuadro ovalado, carcomido y sin brillo.

—Toma—dijo Tancredo á su hermana, dándole el cuadro—para tu museo: es un retrato auténtico de la Marquesa de Lamballe, tan auténtico, que el comerciante pensaba transformarle en retrato de Carlota Corday..... porque parece que las Carlotas Corday se venden mejor..... ¡Señales del tiem-

po, papá!—añadió volviéndose hacia Mr. Bourti-
bourg, que llegaba en aquel momento.—¡Será
necesario hacernos demócratas!

Y como Nadeja preguntase á Paulina, después
de retirarse Tancredo, qué pensaba de aquel joven,
la hija del Conde de Morangis contestó:

—¡Ah! ¡está siempre correctamente vestido y
huele muy bien!

Nadeja no se tuvo por vencida.

En la tarde, después de la comida, estaban
reunidos los huéspedes de Mr. Bourti-
bourg en la azotea del castillo; la Baronesa, medio tendida
en un *rocking-chair* (mecedora), hablaba con Mi-
guel Berthier, y el Conde de Morangis, que no
fumaba, y á quien Tancredo explicaba las delicias
aromáticas de los *puros* de la Habana, contem-
plaba á Nadeja y á Paulina, cuyas encantadoras
siluetas se destacaban sobre el horizonte, lumi-
noso todavía con los últimos fulgores del sol
poniente.

—¡Traed una lámpara!—gritó Nadeja diri-
giéndose á un criado.

Y en seguida empezó á trazar en su álbum
dibujos extraños, enlaces, coronas, iniciales,
cifras.

—¡Qué idea!—dijo Paulina sonriendo.

—¿Nunca te has divertido con estas combina-
ciones? Pues mira: N. A..... esa cifra es fea;
N. B..... también es fea: puede decirse *Nota Bene*;
N. D..... ¡Bah! ninguna me agrada con la inicial
de mi nombre. La de Paulina es muy diferente.
Veamos: P. A..... una cifra gótica ó imperial;
P. B.....

—¡Nadeja!—exclamó Paulina bruscamente—
yo te suplico.....

—P. B..... —continuó Nadeja impasible.—
¡Mira!

—¿Qué he de mirar? ya sabes que jamás cam-
biaré de nombre.

—Sí, sí, ya lo sé: Luisa de La Vallière, Sor
Luisa de la Misericordia; ¡entendido!..... Pero la
cifra P. B. es encantadora: parece significar *Paulina Bourti-
bourg*.....

—¡O Paulina Berthier!—exclamó Tancredo,
que se había aproximado á las muchachas mien-
tras su hermana dibujaba.

Paulina se puso lívida y Nadeja cerró de golpe
el álbum y arrojó el lápiz, que Tancredo recogió
en el acto y se le entregó á su hermana, dicién-
dole:

—Yo no soy Carlos V, ni tú eres Tiziano, ni
este lápiz es un pincel; pero toma, hermana.

—¡Imposible que haya otro hombre más estúpido que tú!—le dijo á media voz la señorita Bourtibourg.

*
*
*

Al día siguiente se verificó un paseo á caballo, y al regresar al *chateau* Paulina exhaló un débil grito, añadiendo:

—¡Ay, Dios mío! mi brazalete.....

—¿Qué decís, señorita?—preguntóla Miguel Berthier.

—He perdido mi brazalete, un brazalete que estimaba en mucho..... ¿Sabes, papá? aquel brazalete que compraste en Roma, cerca del panteón de Agripa.....

—¡Qué lástima!—dijo el Conde.—Es la única joya que te agradaba.

—¿Cómo es el brazalete, señorita?—preguntó Miguel.

—¡Oh! muy sencillo: medallitas romanas y siracusanas, unidas con una cadenita, y cerrada ésta con broche..... ¡Se habrá abierto el broche!

—¡Vamos, vamos!—gritó á la sazón desde el vestíbulo del castillo Mr. Bourtibourg.—Vuestras cabalgatas son muy largas, y aquí desfallecemos de hambre.

La campana del castillo tocaba á la comida, y cuando los huéspedes estuvieron á la mesa, notaron que el sillón habitual de Berthier estaba desocupado.

—No esperemos á mi colega—dijo Mr. Bourtibourg—que ya vendrá, y nos adelantará.....

Y hacia la mitad de la comida entró Berthier en el comedor, henchido de alegría y llevando en la mano el brazalete de las medallitas romanas y siracusanas.

—Señorita—exclamó acercándose á Paulina—no tendréis que deplorar la pérdida de esta obra de arte: hé aquí vuestro brazalete.

Paulina, cuya palidez mate hacía resaltar el brillo de su mirada, se colocó el brazalete en su muñeca con mano temblorosa; Nadeja miró á Tancredo como si le dijera: «¿Eso has debido hacer, majadero!» Francina de Rives felicitó á Miguel con voz alterada y sonrisa que mentía.....

.....

En eso se ocupaba Miguel Berthier, mientras los periódicos de París escribían que el hijo de Vicente, el elegido del pueblo, se había retirado á una modesta casa de campo para disponer en la soledad el grandilocuente discurso con que amenazaba al Gobierno del Imperio.